

Clara Voghan

# Pequeños Pecados

*edición digital*



Reading & relax, IV

© Clara Voghan, 2006

Todos los derechos reservados.

Exp. 464496

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

[claravoghan@mailbolt.com](mailto:claravoghan@mailbolt.com)

Pedidos

y representación editorial:

CCM

[claravoghan@lycos.com](mailto:claravoghan@lycos.com)

## CAPÍTULO III

—Hola...

Victoria tardó en reaccionar. Todavía seguía asombrada por la imagen de si misma que le devolvía el espejo ... ¿En verdad era ella?... ¿Así? ¿Tan hermosa?.

La mujer que la había saludado, una dama que estaba sentada dos sillones más allá, y que la miraba con una amplia sonrisa en la boca, insistió...

—Hola.

—Hola – respondió Victoria, sin mucho convencimiento, y sin apartar la vista de su reflejo, que la hipnotizaba.

La otra, en cambio, se quedó quieta, atenta a su reacción, como si esperara algo de ella.

—¿No me reconoces? —preguntó al fin, algo decepcionada.

La joven le dio un segundo vistazo. No... Con un “bronceado caribe” en pleno otoño, y un peinado llamativo y complicado, aquella mujer de mediana edad distaba de ser el tipo de persona que Victoria podría haber conocido.

—¿No miras televisión?

—No, no tengo... —se disculpó la muchacha, sin poder evitar la vergüenza que había arrastrado desde la niñez al dar esa respuesta.

—Soy periodista... —informó la otra. Pero como no podía resignarse a que no la reconociera, insistió—: ¿Acaso no te suena “Curiosos en la Tele”?...

—No... —respondió la muchacha con candidez.

La dama resopló. Le daba un gran fastidio cuando eso ocurría. ¡Treinta años de carrera, y todavía tenía que presentarse!

—Soy Mirelle D’Arc...

—El nombre me suena, pero...

—Bueno, en verdad no me llamo así —se resignó la dama—. Mi madre admiraba a una actriz francesa, y yo le tomé prestado el nombre... ¡Como sea! Soy una de las periodistas del programa de espectáculos más visto de la televisión. También tengo un programa radial, y colaboro con las mejores revistas del país...

—Muy impresionante —dijo Victoria, para nada impresionada, mientras se contemplaba nuevamente en el espejo...

—Quisiera contar tu historia...

—Yo no soy del mundo del espectáculo...

—¡No importa!... Los artistas y los ricos están íntimamente involucrados. Casi puede decirse que no existirían unos, sin los otros... Y tú, mi querida amiga, te has vuelto muy rica. Por eso quiero contar tu historia... ¡Ya puedo imaginar los titulares!: “De sirvienta a empresaria”, o “La cenicienta de las zapatillas”... A la gente le fascina que le cuenten el cuento de la Cenicienta una y otra vez, y tú, ¡hasta tienes dos hermanastras!...

Quizás porque el olor de la tintura todavía no se disolvía en su cerebro, Victoria comenzó a reír, encantada.

—¿De dónde sacó eso de que he sido sirvienta?

—No he podido dejar de escuchar cuando se lo contabas a Débora, la de la manicura...

—¿Y lo de que soy rica?...

—A Mirelle D’Arc no puede ocultársele nada.

Victoria volvió a reír. La divertía aquella dama ridícula. Y le parecía fascinante que hablara de sí misma como si fuera otra persona.

—Querida Mirelle... ¿puedo tutearte, verdad?... Aunque me haga cargo de las Industrias Ferrari no dejaré de ser “sirvienta”. Serviré a otros, que es distinto. A los obreros, dándoles trabajo, y a los clientes, proveyéndoles un producto digno, pero...

—¡Vamos!... Limpiar oficinas no es igual...

—No. Es más fácil... Llegas a tu casa y todo acabó. Mira, bien podría haber trabajado de secretaria, y tú no te hubieras escandalizado... Pero limpiando oficinas me pagaban más, y el horario era flexible, ¿por qué no hacerlo?... Era trabajo... Como el tuyo, como el de los demás... Y en cuanto a ser la Cenicienta...Lo lamento, pero la más rica de esta historia paso a ser yo, y por lo tanto, quizás también sea la más malvada... ¿Quién te dice que mis hermanas y mi madrastra no son mis víctimas, y que yo no voy detrás de la más oscura de las venganzas...?

—¡Eso sería aún más interesante!... La gente ama las venganzas... Y si son sangrientas, mejor...

—¡Tienes razón!... Te prometo que cuando mate a la primera de mis parientas, que de seguro no faltará mucho, te llamo para que limpies la sangre del cuchillo...

—No me malinterpretes, querida. No quiero limpiar la sangre... Quiero alcanzarte el arma homicida. Las noticias no se esperan... ¡Se producen!

Victoria volvió a reír. Aquella dama la encantaba con su charla cruel.

—Vamos a hacer un trato, Mirelle... Dame tu tarjeta. Por ahora no pienso dar notas a nadie. Pero si algún día decido que mi historia salga a la luz, no dudes de que serás la primera a quien llame.

—¡Victoria!!!!—

El grito destemplado de Vanina las distrajo. La muchacha parecía pálida y descompuesta mientras contemplaba a su hermana. Luego se paró junto a ella.

—Estás... linda... —dijo con voz compungida y amargada, mientras miraba su reflejo.

Y, en efecto, la diferencia entre ambas ya no era tanta. Y hasta, incluso, podía decirse que... ¡Un horror!. Vanina prefería no pensarlo.

Pero Victoria, que supo leer de inmediato su rostro, se apuró a consolarla: —Te felicito, hermanita... Te has lucido. Si no fuera por ti... Claro que se nota cuando, como en tu caso, la belleza es natural, pero... creo que he quedado bastante aceptable...

La joven se recuperó de inmediato. Sí, Victoria tenía razón: bastante aceptable, pero... ¡tampoco era para tanto!.

\* \* \*

Cuando Martiniano Rodríguez perdió su trabajo, (víctima de la crisis que sufrió el país durante el año 2001), junto a Silvia, su mujer, decidieron achicar gastos para tratar de subsistir lo máximo posible. Dejaron de comprar revistas, se suspendió la televisión por cable, y se dio de baja la Internet. Luego fue la empresa de medicina prepaga

(¡total!, casi nunca se enfermaban). Pero cuando los meses comenzaron a pasar, y ya debían dos años completos en el colegio parroquial al que mandaban a sus hijos, los Rodríguez decidieron que había llegado el momento de tomar alguna decisión drástica. Silvia se ofreció, entonces, para reflotar su antigua profesión (la más antigua del mundo, por cierto), labor que no ejercía desde su casamiento, hacía ya diez años y tres hijos atrás. La idea no era del todo descabellada: los hombres todavía se daban vuelta para mirarla en la calle, y, afortunadamente, su marido era un hombre tan comprensivo como desesperado. Así que, aprovechando las horas en que los chicos estaban en el colegio, comenzaron a arribar a la casa una seguidilla de señores casados o comprometidos, en busca de máxima discreción, y buena salud. Martiniano los recibía, les cobraba, y no era infrecuente que, acabada la faena en el dormitorio, terminara compartiendo junto con el caballero de turno, las imágenes del último partido de fútbol. Incluso era bastante común que los gritos de un gol en el living, opacaran los gemidos agudos y profesionales de Silvia en el dormitorio, a pesar de que la dama, para aquello de “gozar”, era toda una experta.

Y allí estaban aquel día viernes, marido y mujer, cada uno en lo suyo, cuando el timbre de la casa resonó. Generalmente se dejaba pasar media hora entre cliente y cliente, a fin de evitar molestas interrupciones, pero aquella era una situación especial.

Martiniano se apuró a atender.

—¿Todavía está aquí? —le preguntó el joven abogado Eduardo Rolón a modo de saludo.

—Sí... ¡Y tiene para un rato!... ¡Estaba desesperado! Vino como una hora antes, para ver si Silvia le adelantaba el turno. Pero tú sabes a la perfección como es esto.. Parece que anoche estuvo con la novia. Beso va, beso viene... La muchacha calentó el agua de la pava, pero no le permitió cebar el mate... ¡Qué va a hacer! ¡Las mujeres son así...!

—No me lo digas a mí... Tuve una novia que la jugó de virgen durante dos años. ¡No imaginas lo que gasté en putas!

—¿Y al final?

—Me resultó más barato cambiar de novia...

—Y cambiando, te voy a cambiar de tema... Ya que estás aquí, te dejo esta tarjeta...

Eduardo comenzó a leer lo que allí decía.

—“Silvia, lectura de tarot. Infidelidades, rupturas... Eficacia asegurada”... ¿Qué es esto?

—Estamos ampliando el negocio... Vienes, haces un turno, y a las ocho de la noche mandas a tu mujer. Silvia echa las cartas, adivina algo muy íntimo de la relación (algo que tú le hayas contado), y luego le asegura a tu esposa que eres el más fiel de los maridos...

—¿Y no va a dudar si soy yo mismo el que le recomienda a la tarotista?

—¡No debes recomendarla! Tú te limitas a agitar ante ella la tarjeta que alguien te ha dado, te burlas del asunto, y luego le prohíbes que venga.

—Interesante... Es bueno para sacarse de encima a alguna novia pesada... ¿Cuánto cuesta?

—A tu novia, treinta pesos. A ti, doscientos...

—¡Guau!

—No te espantes... Después de todo, la virtud no tiene precio...

En medio de tan instructiva charla, el ruido de la puerta del dormitorio los distrajo. Antes de lo calculado (la desesperación suele ser inversamente proporcional al tiempo que un hombre tarda en la cama), Guille ya estaba parado en medio de la sala.

—¡Eduardo!... ¿Qué haces aquí?— se sorprendió al ver a Rolón.

—Martiniano me llamó para avisarme de tu presencia, y he venido a buscarte. Tú y yo tenemos mucho de que hablar...

—¿Tan urgente es?... ¿De qué se trata?

—Negocios... —respondió el otro enigmáticamente.

—Nunca tuvimos negocios juntos...

—En efecto, en el pasado nunca los tuvimos... ¡Qué mal!... Pero ahora han cambiado muchas cosas... Tú eres

casi un hombre rico, y yo... yo soy un hombre que sabe como guardar los secretos... ¡Vislumbro el inicio de una sociedad muy productiva entre nosotros dos...!

Eduardo Rolón sonrió, confiado, pero Guillermo comenzó a temblar. Podía ser lento, pero no era ningún idiota.

\* \* \*

Mientras Victoria no podía apartar la mirada de su reflejo en el vidrio del auto, Vanina recorría la lista que habían hecho durante la mañana.

—Veamos... Ropa de calle... ¡está!... Ropa de fiesta... ¡está!... Zapatos... ¡está!... Botas... ¡está!... Peluquería...

—¡Está! —respondió su hermana, mientras se sobaba su adolorida cabeza.

—Prendas deportivas... ¡No decía yo!... ¡Faltan los zapatos deportivos!... ¡Juan! Pare aquí en la esquina...

—Señorita... —respondió el aludido—, está el policía, y no se puede...

—¡Pare, hombre!

Acostumbrado a obedecer, el pobre chofer se detuvo en medio de la senda peatonal, casi sin advertencia previa, y

con el semáforo en verde. El de atrás no pudo frenar, y se produjo una pequeña colisión, que llamó la atención del agente policial, que ya tenía su talonario de infracciones en la mano.

En un segundo, aquello se convirtió en un pequeño caos, pero Vanina no se inmutó. El auto se había detenido en la puerta del negocio, y era todo lo que importaba, así que arrastró a su pobre hermana al interior.

—Vanina, hubiéramos podido buscar un estacionamiento... —la recriminó Victoria.

—¿Y caminar por la calle? ¡No con estos zapatos!... Déjalo. Juan tiene experiencia...

Victoria no discutió. Eran casi las nueve de la noche, y ya estaba demasiado cansada.

—Queremos ver zapatillas marca Nike, y All Stars. Sólo los nuevos modelos... —dijo en tono imperativo Vanina, al asustado vendedor.

—¿Nike, All Stars?... Nosotras somos dueñas de una fábrica de zapatillas... ¿No deberíamos...?

—¡Tonterías!— la interrumpió su hermana, usando la frase y el mohín típico de su tía Cora.

El vendedor (seguramente a comisión), regresó de inmediato, con varios modelos en la mano.

Vanina no lo hizo esperar. Comenzó a abrir cajas, y a revolver zapatillas.

—Este es el modelo de hace un mes... Este no me gusta... Este es horrible... —decía.

—¿No tienen zapatillas Ferrari? —preguntó tímidamente Victoria a un señor algo mayor, que estaba apoyado en un mostrador cercano, muy divertido por la desgracia ajena.

—¿Zapatillas Ferrari?... ¿Se siguen haciendo?... —se extrañó el aludido. Y luego se dirigió a otro vendedor—: Hugo, ¿se siguen haciendo las zapatillas Ferrari?...

—Sí, pero no se venden aquí en la Capital... Son malísimas, y hace como veinte años que no cambian el modelo. Se han quedado en el tiempo.

—Eran muy buenas —comentó Victoria, con timidez—. Recuerdo que de niña las usaba para ir al colegio...

—¡Otras épocas!... Últimamente la goma de la suela se rompía a la semana. Antes se exportaban a toda Latinoamérica, y ahora sólo venden algunas en las provincias más pobres... ¡Son un desastre!... Subsisten a fuerza de hacer negociados con el gobierno provincial de turno. Los municipios las compran a precio de oro, y las regalan a los niños más pobres, ¡total, ¿a quién le importa si duran o no?! Es pura política... Yo lo sé porque mi primo trabaja en Acción Social, y me lo ha contado...

Vanina, que había aprovechado aquel tiempo para torturar a la pobre víctima que hacía las veces de vendedor, se apuró a poner la zapatilla elegida de entre cientos otras que yacían por el suelo, bajo la nariz de su hermana.

—Mira, ¿te gusta esta?...

Pero a Victoria ya no le gustaba nada...

\* \* \*

La sala y el comedor de la casa Ferrari, bullían. Como todos los viernes, la cena iba a estar lista recién a las diez de la noche, pero ya desde las nueve se servía champagne y caviar para los selectos visitantes. La música y las voces trepaban hasta el piso superior, que permanecía en penumbras.

Esmeralda salió de su cuarto y comenzó a caminar a tientas por el pasillo, para poder asomarse a la escalera sin ser vista. Una vez allí, se agazapó en la oscuridad. Le gustaba mirar lo que ocurría abajo. Afortunadamente aquella noche su madre había estado discreta: apenas unos pocos invitados. Nicolás ya había llegado del trabajo, y..., ¡y más allá estaba Fer! Esmeralda suspiró. ¡Desde allí se veía increíble!... Y es que, aunque él nunca iba a saberlo, estaba locamente enamorada del novio de su hermana. Bastaba ver su pelo cortísimo y engominado, sus hombros anchos, y esa sonrisa perfecta, para que la pobre muchacha comenzara a temblar. ¡Lo amaba!, para que negarlo... Claro que él nunca iba a fijarse en alguien como ella. Gorda, fea, ridícula...y ahora, como si todo eso fuera poco,

también pobre. Volvió a suspirar... Vanina debía ser muy buena en la cama para poder retener a un hombre como ese, en cambio ella... Estúpidamente virgen. ¡¿Quién era virgen a los quince años?! Ella, y alguna otra gorda desesperada como ella...

La joven se puso de pie, y comenzó a caminar con sigilo hacia uno de los cuartos. Su tiempo se estaba acabando. Ya estaba empezando a cansarse de tanto sufrir.

\* \* \*

Vanina empujó a Victoria a través de la cocina, hasta una puerta oculta que llevaba a la planta alta.

—¡No seas idiota!... —le dijo a su hermana, en medio de susurros—. ¿No ves que ya han llegado todos?... ¿Qué pretendes? ¿Qué nos vean con esta facha?... Me mato antes de que Fer, Ramiro o Luís me vean así. Tengo una reputación que cuidar...

—¿Fer es tu novio? —preguntó Victoria con inocencia, mientras la seguía por el pasillo oscuro.

—¡Por supuesto! Fer es mío... ¡Y mucho cuidado con decirle que he perdido mi fortuna! Él cree que todavía soy rica...

—Pero...

—Mira, Victoria, no te metas en mi vida. Tú tienes los millones de mi padre, tu carrera y tu medalla de oro, pero yo sólo tengo mi apariencia... Y eso no dura para siempre. Debo casarme antes de un año, y Fer es lo mejor que tengo en vista.

—¿Quién te apura?

—¿No entiendes? A medida que pasa el tiempo, hay más probabilidades que se sepa lo de mi pobreza, ¡y entonces sí que estoy arruinada! Esas cosas trascienden...

—¿Y qué tiene que ver eso con casarse?

—Mira, querida... Lo del muchacho rico que se enamora de la pobretona... ¡no way! Un rico busca dinero, y yo ya no lo tengo...

—Pero no tienes necesidad de casarte con...

Su hermana la interrumpió. —Ya es tarde para que te explique las verdades de la vida. Me encanta que seas tan naif, pero necesito volver a tener mucho dinero cuanto antes... ¿O crees que voy a dejar que me mandonees para siempre, a cambio de una limosna? ¡No! Necesito un marido... ¡Y ahora déjate de molestar!... ¡Ya he perdido todo el día atrás tuyo!

Y diciendo esto, empujó a su hermana hacia la puerta de su cuarto. Victoria trastabilló a causa de la oscuridad, y casi se le caen todos los paquetes que estaba acarreado, pero así y todo se las ingenió para entrar sin ser vista por los de abajo. Prendió la luz, y...

¿Qué hacía Esmeralda allí?

Victoria hizo lo posible por ocultar su sorpresa, y se limitó a saludar a su hermana como si su presencia en aquel dormitorio fuera algo normal

Esmeralda no le respondió, y así, sin decir una palabra, se puso a observarla con una mezcla de envidia y desagrado. Era evidente que estaba impactada por “la nueva Victoria”, pero nada dijo. En cambio, luego de mirarla por unos minutos, comenzó a escudriñar los techos de la habitación, como si en ellos buscara algo.

Victoria, un tanto asustada por el extraño proceder de la adolescente, trató de convertir aquella situación en algo más normal. Se apuró a dejar todos los paquetes sobre la cama, y comenzó a mostrarle lo que ellos contenían.

—Mira... ¡Vanina sí que tiene buen gusto!... Mira lo que es esta camisa. Pura seda italiana. Y este pantalón... Me encanta el bordado en el bolsillo trasero. ¿No quieres probártelo?

Esmeralda la miró con odio. Parecía ofendida, como si ella la hubiera insultado.

Victoria insistió: —¿De verdad no quieres probártelo?

—Sabes perfectamente que no me entra —respondió airada.

—¿Estás loca? Si tenemos casi el mismo talle...

—Por si no te has dado cuenta, yo soy gooordaaaa... Y no te hagas la idiota conmigo. Yo no soy tan dócil como Vanina. A mi no me compras con un poco de ropa barata....

—¡Espera!... Te puedo asegurar que esta no es ropa barata, y... ¿de verdad crees que eres gorda? ¿O lo haces para terminar de componer tu papel de “adolescente deprimida”? —preguntó enojada. Y es que ya se estaba fastidiando de tanta locura.

La menor de los Ferrari la contempló con desprecio, y se limitó a cambiar de tema.

—¿No te llama la atención encontrarme en tu cuarto?

—No. Era el dormitorio de nuestro padre... Entiendo que quieras venir aquí para recordarlo de tanto en tanto...

—¡Tonterías! —respondió. Y otra vez apareció esa palabra y ese mohín que en aquella casa parecían contagiosos—. Nuestro padre odiaba este dormitorio. Se tuvo que mudar aquí cuando mi madre lo echó de su cuarto, pero él nunca se resignó. ¡Siempre se quejaba!... Como de las fiestas de los viernes...

—¿Fiestas de los viernes?

—Mamá las organiza. ¡Le encantan!... Hoy seguramente no te ha querido dar la imagen de que despilfarra tu dinero, pero por lo general hay más de treinta personas invitadas... ¡Y no es precisamente una lista selectiva! Por el contrario, todo el que está libre y quiere emborracharse viene hasta

aquí... Y estas fiestas a mi padre lo enloquecían. Por eso hizo poner un aislamiento acústico al estudio. Para encerrarse allí todos los viernes, esperando que la locura acabara cuanto antes...

Por un momento Victoria trató de imaginar los últimos veinte años de vida de su propio padre. Confinado en aquella casa inmensa, rodeado de enemigos, no era raro de entender que hubiera buscado con tanto afán a la única persona que podía recordarle que alguna vez había sido feliz...

Victoria suspiró, y luego volvió a intentar alguna forma de comunicación con su extraña hermana.

—¿Qué te vas a poner? —le preguntó

—¿A qué te refieres?

—¿Qué te vas a poner para la fiesta? —insistió Victoria.

—No pienso bajar...

—¡No seas tonta!... —dijo, mientras revolvía las bolsas—. He comprado un vestido rojo que...

—¿No entiendes lo que significa la palabra “gorda”?

—¡Está bien!... Vamos a hacer una apuesta. Tú dices que estás gorda... Yo, que apenas tienes un talle por encima del mío. Te vas a poner este vestido. Si yo tengo razón, y te queda, vas a tener que venir a caminar por la mañana conmigo. Apenas veinte minutos, pero con paso vigoroso...

—¿Y si no me cierra?...

—Puedes pegarme donde quieras... ¡Pero una sola vez, y sólo con tu mano!...

Los ojos de Esmeralda relampaguearon.

—Acepto— dijo. Y comenzó a calzarse aquel bello vestido que, por supuesto, le terminó quedando a la perfección.

La muchacha se miró al espejo horrorizada. Estaba hermosa, pero la cara que ponía al contemplarse hacía pensar que observaba el reflejo de un monstruo.

—Fue una mala idea— farfulló, mientras se apuraba a quitarse aquella prenda como si le quemara, como si estuviera dispuesta a arrancarla de su piel...

Victoria la contuvo, con una cierta violencia. —¡Espera! ¿Qué te pasa?... ¿De verdad te ves gorda, o es otro de tus jueguitos crueles?

Esmeralda terminó de sacarse el vestido, lo arrojó con furia sobre la cama, y se apuró a irse. Sin embargo, su hermana atravesó corriendo el cuarto para poder detenerla en la entrada. —Mañana a las ocho de la mañana —le dijo—. ¡Sin falta!

La muchacha se soltó, y sin mirar atrás, cerró la puerta de un golpe.

¿Qué estaba pasando en esa casa?... ¿Acaso alguien era “normal”?...

\* \* \*

—¿Te has vuelto loco?! —le gritó Guillermo a su amigo.

La gente de las mesas cercanas se dio vuelta para mirarlo. El bar era lo suficientemente pequeño como para que su reacción llamara la atención de todos.

—¡Cálmate! —gruñó Eduardo Rolón—. No sé por que armas tanto escándalo. Mi agenda no miente. ¡Mira! Fue el martes... —dijo, mientras le mostraba la anotación—. Ese martes tú estabas “distanciado” de Victoria. Luego te reúnes conmigo, te enteras de que es rica, y... ¡paf!, para el viernes ya eres su futuro marido...

—No te pases de listo. Yo mismo te dije que quería reconquistarla. ¡Y lo dije antes de que abrieras la gran bocota que tienes!

—¿Y para qué tenías que reunirte conmigo con tanta urgencia, sino para escuchar lo que mi gran bocota tenía que decir?

—¿Qué quieres de mi, Rolón?

—¿Cuándo vas a casarte con Victoria?

—Todavía no pusimos fecha...

—Entonces... ¿no es seguro?

—¡Sí que es seguro!— se ofendió Guillermo que a esas alturas ya no se sentía seguro de nada.

Los dos amigos se miraron con desconfianza.

—¿Qué quieres de mi, Eduardo?

—De ti, nada. De Victoria, todo. Quiero absoluto control sobre los asuntos jurídicos de las industrias Ferrari.

—Tu padre ya está llevando...

—Yo no soy mi padre —lo interrumpió—. Quiero independizarme cuanto antes del viejo doctor Rolón. Y tú, mi querido amigo, eres mi pasaporte para lograrlo...

Guillermo lo observó horrorizado. ¡Hablaban en serio!... ¿Cómo iba a poder salirse de semejante lío?

\* \* \*

“¿Cómo iba a poder salirse de allí?”, se preguntaba Victoria, preocupada, mientras intentaba hallar el valor para bajar a la fiesta.

Era cierto que quería saber si los demás notaban el cambio en ella, y, sobre todo, si lo aprobaban; y también era cierto que se moría por ver la reacción de “Ojos dulces”. Pero las fiestas por compromiso, y con extraños, nunca habían sido su fuerte.

Así como adoraba los bailes en su pueblo, o las reuniones con amigos, estar entre desconocidos la ponía nerviosa. Tenía miedo a no ser aceptada, o... ¡vaya uno a saber!.

Pero, fuera como fuera, tenía que bajar... Y había una remota posibilidad de que, incluso, no la pasara del todo mal. Después de todo, podía charlar un poco con Nicolás, y...

La sola idea de la cercanía con aquel muchacho la hizo estremecer.

¿Qué le estaba pasando?! Nunca se había sentido tan atraída por alguien con sólo verlo. ¿Existiría el amor a primera vista?

Se horrorizó...

¿Cómo podía estar pensando así?... Dentro de muy poco iba a casarse con Guillermo, y era su obligación...

—¿Qué haces todavía aquí arriba?!

Vanina, a su espalda, la sorprendió tanto, que no supo qué contestar.

—¡Qué fastidio! Creí que a esta hora ya habías bajado —insistió.

—Podemos hacerlo juntas... —sugirió Victoria con inocencia.

—¡Estás loca!... ¿Y perderme mi entrada triunfal?... ¿Acaso he pasado seis horas en la peluquería para que ahora nos juzguen “en tanda”? ¡Ni pensarlo! Bajas tú, y yo lo haré en quince minutos...

Y, diciendo esto, empujó a su hermana escaleras abajo.

La pobre muchacha primero trastabilló, pero luego recuperó el paso y la elegancia.

¿Dónde habría aprendido a caminar así, la muy maldita?, se preguntó Vanina, sin poder evitar la envidia.

Luego, la figura de su hermanastra desapareció, y por unos minutos se escuchó únicamente la música. ¡Qué extraño!... Era como si todos hubieran callado al mismo tiempo.

¿Qué estaría ocurriendo allí abajo?

Al fin, en medio del silencio, resonó la voz estridente de Mercedes: —Ésta es la hermana mayor de mis queridas hijas. Una nueva integrante de la familia Ferrari...

Vanina hizo una mueca al oírla, pero terminó de indignarse al escuchar el griterío y la conmoción que siguieron a las palabras de su madre.

Aquellos quince minutos que tuvo que esperar, agazapada en lo alto de la escalera, le parecieron los peores de su vida. ¡Pero qué inocente! Lo más terrible, en cambio, habría de ocurrir después.

Cumplido el tiempo, con paso elegante, finalmente se dirigió hacia la fiesta.

“Seis horas de peluquería”, se decía a si misma, con la vista al frente, sin mirar a nadie, mientras bajaba con gracia un escalón. “Un vestido de quinientos dólares”, seguía recitando para sus adentros. “Unos zapatos de trescientos”. Ya casi llegaba. “Pechos de diez mil”. ¡Listo!

“¡Intenta competir con esto, Victoria!”, se dijo con satisfacción, al pisar el suelo firme.

Pero la respuesta a esa afirmación no se hizo esperar...

—¡¿Por qué tardaste tanto en bajar, idiota?! —la amonestó su madre, única en notar su presencia—. ¿No ves que todos se han ido tras ella?... ¿En qué pensabas esta tarde? Hubiera alcanzado con que la pusieras aceptable. ¡Nadie te pidió que la convirtieras en “reina de belleza”! ¡Eres una imbécil!

Vanina observó a su media hermana, dos metros más allá (como si fuera en la otra parte del mundo), rodeada de hombres hermosos... ¡¿Qué estaba ocurriendo con esos torpes?!... ¿No sabían reconocer una “belleza natural”, (¡sobre todo con lo que le había pagado a su cirujano para que así fuera!) ...

¿Se habrían enterado de su nueva pobreza?...

Vanina volvió a observar a esa idiota. ¿Por qué les llamaba tanto la atención la tonta de Victoria?

—Buen trabajo...

Nicolás, parado junto a ella, la estaba felicitando. ¡El colmo!... ¡Finalmente alguien notaba que estaba allí, y era el idiota de Nicolás!

—Sí, sí...— respondió la muchacha, con amargura.

—Apenas pude reconocerla. Era muy bonita, pero ahora se ve radiante...

Como si hubiera podido escucharlo, Victoria buscó su mirada, por entre medio de aquellos galanes, y le sonrió.

—Le gustas —le reprochó Vanina.

—¡No seas tonta!... Ya te he dicho que ustedes son como hermanas para mi ...

—Tú, y tu cuento de las hermanas... Con nosotras, vaya y pase. Después de todo, hace un siglo que vivimos en la misma casa. Pero con ella... ¿Qué te ocurre? ¿Eres marica?... Es que, incluso, sería como una acto de lealtad hacia la familia el que la conquistaras..

—Victoria va a casarse pronto. Tiene un novio desde hace más de siete años, y creo que me ha dicho algo así como que ya habían fijado fecha...

—¿Un novio? —se alegró Vanina.

La muchacha, encantada, se apuró a humedecer sus labios, arregló su peinado, acomodó su escote, y, con paso

resuelto, se dirigió hacia el pequeño club masculino que rodeaba a su media hermana.

—¡Victoria!... —le dijo, con una sonrisa en la boca—. Acaba de llamar tu prometido... ¡No me habías contado que ya llevaban siete años juntos!... —le reprochó con gracia.

—¿Estás de novia? —preguntó Fernando, sin ocultar su decepción.

—¡Por supuesto! —contestó Vanina, como si a ella hubiera estado dirigida la pregunta—. Incluso me estaba contando que iban a casarse de un momento para otro... Espero que mi hermanita me elija para organizar su boda. ¡Me encantan las fiestas!

—¿Llamó Guillermo? —preguntó Victoria, sorprendida—. ¿No te dijo si necesitaba algo?

—Con el casamiento tan próximo... —respondió Vanina, mientras paseaba su mirada entre los varones presentes, con picardía—,...posiblemente sólo te extrañe. ¡Pobre muchacho!... ¿Por qué no lo llamas y le dices que venga? Así lo presentamos con todos. Y mientras eso sucede, ¿qué tal, chicos, si vamos yendo al comedor? Dejemos a mi hermanita sola para que le pueda responder a su galán....

Obedientes como ovejas con su pastor, todos caminaron detrás de Vanina, en la dirección propuesta. Sólo Fernando

se atrevió a adelantarse, y a tomar a la muchacha por la cintura.

Una vez sola, Victoria buscó a “Ojos dulces”, y se le aproximó

—¿Sabes adonde puedo hablar tranquila por teléfono?  
—le preguntó, sin esconder su preocupación.

—En el despacho de tu padre. Está insonorizado, y realmente no se escucha ningún ruido. Pero no te apures. No te ha llamado nadie...

—Pero Vanina dijo...— comenzó a decir la muchacha, pero de inmediato se detuvo y sonrió—. ¡Mira a mi hermanita!... ¡Qué tramposa!... Pero, ¿sabes?, me ha hecho un favor. Sus amigos son un tanto aburridos y bastante tontos. El único un poco más interesante es su novio, pero igual...

—¿Su novio? ¿Qué novio?...

—Fer... Fernando. El médico que me atendió a mi llegada.

—¿Ella te dijo que era su novio?

—Sí. Y me pidió que me mantuviera alejada...

—Si fuera por tu hermana, deberías mantenerte alejada de cualquier hombre. Le gusta conquistarlos a todos...

—¿A ti también?

Victoria sintió que sus mejillas comenzaban a arder. ¡¿Cómo se había animado a preguntarle eso?!...

—Nos criamos juntos...

—Entiendo —contestó a media voz la muchacha, mientras bajaba la cabeza e intentaba dar por terminada la charla, para poder irse cuanto antes a otro sitio. Cualquiera otro sitio adonde la luz no fuera tan intensa, y sus sentimientos pudieran pasar más desapercibidos.

—¿Y Guillermo? —dijo Nicolás, interrumpiendo su huida.

Victoria se sorprendió. —¿Qué hay con Guillermo?

—¿Van a casarse?

—Estamos comprometidos...

—Voy a ser más directo contigo, porque siempre que te pregunto, respondes lo mismo, y me parece que en verdad intentas decir otra cosa...

La muchacha lo miró, sin imaginar a qué se refería

—¿Realmente quieres casarte con él? —concluyó Nicolás, mientras la miraba fijamente a los ojos.

Victoria rogó en su interior para que hubiera un cortocircuito, y la casa entera quedara a oscuras. ¡Su rostro, lo sabía, estaba ahora de un rojo intenso!.

—No sé... Hace apenas quince días atrás estaba muy segura, pero...

—¿Y por qué no se casaron entonces?

—Yo creía que era porque él me estaba dando tiempo para cuidar a mi madre enferma... Mi otra madre... Pero cuando ella murió, me di cuenta de que Guillermo ni siquiera había pensado en el asunto...

—¿Y ahora cambió de opinión?

—Sí, pero no tiene nada que ver con el dinero. Fue antes de saberlo...

—Y tú también cambiaste de opinión...

—Creo que soy un poco rencorosa... No puedo olvidar aquello que me lastima. Y él, al dudar, me hirió demasiado.

—¿Qué vas a hacer?

—Me he comprometido.

—¿Y sólo por esos vas a...?

—¿Por qué otra cosa crees que voy a hacerme cargo de la fábrica, o que intento lidiar con esta familia disparatada?... ¿Loria ofrecía dos millones de dólares? Con un millón yo sería una reina. Viviría una vida tranquila y feliz. No necesito más... Incluso podría arreglarme con muchísimo menos... ¡Pero mi conciencia...! Mi maldita conciencia. El que no la tiene, no me entiende, pero...

—Sé exactamente a lo que te refieres... —respondió Nicolás, agachando la cabeza, con ese gesto de vergüenza que ahora Victoria comprendía tan bien.

La muchacha buscó aquellos hermosos ojos dulces que la conmovían, y cuando los encontró comenzó a temblar.

¿Acaso existía el amor a primera vista?

\* \* \*

Lo miró, algo asustada. Dormía, de eso estaba segura, pero parecía agitado. Acarició con dulzura su pelo, tratando de tranquilizarlo. Pero fue inútil. Aquel hombre inmenso abrió los ojos, y se sentó en la cama, de un salto, tratando de recuperar la conciencia, y de escapar de aquello que lo atormentaba.

—¿Soñabas? —preguntó ella, recostándose sobre su pecho.

—Tenía una pesadilla...

—¿Otra vez lo del calabozo?

—No... Esta era distinta. Perdía algo. Me lo robaban... Algo que era muy importante para mi...

—¿Qué cosa?...

—No lo recuerdo... Era sólo un sueño... Y ahora duérmete, querida —le dijo, mientras con dulzura le acomodaba la cabeza sobre la almohada—. Prometo no volver a despertarte...

—¿No quieres seguir hablando?

—No, mejor no. Estoy cansado —mintió. Y se acostó junto a ella.

Todavía sentía la tensión y el ahogo de la pesadilla. Su cuerpo se resistía a caer en la inconciencia. No quería volver a soñar. No quería volver a perderla...

Pero... ¿cómo podía decírselo a Amanda?... ¿Cómo podía contarle que había soñado que Victoria se alejaba de su lado, y que la perdía para siempre?

Cohen cerró los ojos. Y como lo había hecho tantas veces antes, se obligó a seguir respirando. Y como ya era costumbre, se obligó a olvidar, para poder seguir viviendo.

\* \* \*

Eduardo Rolón observó su reloj. ¡Casi las doce de la noche!. Todavía era temprano. Las fiestas de los viernes, en casa de los Ferrari, solían extenderse hasta pasadas las seis de la mañana.

Como imaginaba, la cena ya había acabado. Mejor. Ansiaba hablar a solas con la nueva heredera, y si estaba sentado a una mesa no iba a poder lograrlo. ¿Cómo era la tal Victoria?... Su recuerdo era borroso. La había conocido muchos años atrás, cuando ella tenía veinte. Recordaba, eso

si, sus bellísimos ojos “azul cielo”. Y su figura (un poco flaca para su gusto)...Pero no podía hacerse una idea clara de cada rasgo en particular... ¿Sería aquella de vestido azul?... ¿O la otra de pantalón claro?... ¿O...?

No. Esa era Vanina... Y la heredera, ¿dónde estaba?...

Eduardo Rolón se dio vuelta, y, literalmente, su mandíbula cayó hasta el piso. Como si se tratara del lobo de los dibujos animados, sus ojos salieron de sus órbitas, y su corazón se dibujó en su pecho... ¡¿Esa era Victoria?!... ¡Requeteguauuu!

Rápidamente (Eduardo era muy rápido), toda su estructura mental cambió. Había ido allí para cerciorarse de que estaba apostando al número correcto, y ahora se daba cuenta de que bien podía quedarse con todo el bolillero... ¿Por qué no? Él era mucho más hombre que el idiota de Guillermo... Y además...

—Tú debes ser Victoria... —le dijo, en la primera oportunidad en que la encontró sola, a eso de las doce de la noche—. Yo soy Eduardo... Eduardo Rolón. Un amigo de Guille... Nos conocimos hace muchos años atrás...

—Disculpa, Eduardo, tu cara me resulta algo familiar, pero... Ya es la medianoche, y mi día fue demasiado largo. Hace dos horas que estoy intentando que me dejen ir a dormir, pero nunca llego a la escalera, y... —dijo, tratando de zafar.

—¿Sabes que tengo un problema de conciencia contigo?

—Lo lamento... Pero quizás, si hablamos mañana, cuando esté más despierta... Si quieres puedes venir a las cinco de la tarde. A esa hora pienso presentarles a Guillermo a mi nueva familia, y...

—Entonces es fundamental que te pase a buscar a las tres. Mira Victoria, yo soy hijo del abogado de tu padre, y...

—¡Claro! Rolón, como el doctor Rolón...

—En efecto. Y, por la amistad de nuestros padres, tengo la obligación de hablar contigo, cuanto antes, ¡a solas!...

—Bueno... Si es tan importante... —accedió la muchacha, más por sueño que por convencimiento.

—Entonces pasaré a buscarte a las tres.

—¿No podemos hablar aquí?...

—¡Imposible!

—Entonces te espero a las tres...

Y, diciendo esto, se apuró a subir hacia su libertad, y el tan ansiado sueño.

Eduardo Rolón la contempló, con una sonrisa en los labios. ¡Buena forma de subir esos escalones! La niña había crecido, y se había convertido en una mujer por la que bien valía perder a mil amigos. Una mujer que hubiera luchado por poseer aún cuando ella fuera pobre. ¡Y mucho más si era una Ferrari!

\* \* \*

¿Qué hora era?

Victoria abrió los ojos con dificultad, y observó el reloj sobre la mesilla. ¡Las cinco de la mañana!... Al menos la música había dejado de sonar....

¡Ahora entendía a su padre! Aquello había sido una verdadera tortura. Con aquel estruendo sacudiendo la casa hasta las cuatro, apenas había podido dormir unas pocas horas, y ahora le dolía todo...

¡Moría por un vaso de agua!

Con mucho esfuerzo se puso de pie y se cubrió con la bata que hacía juego con la camisa de seda que llevaba puesta. Salió del cuarto descalza, tratando de no hacer ruido...

¿Adónde quedaba la cocina?

Casi era invierno, y todavía no había aclarado, así que la casa estaba envuelta en penumbras. Pero no quería encender la luz, por miedo a despertar a los durmientes, así que se resignó a descender con mucho cuidado, escalón por escalón. Y ya casi había llegado al final cuando, de la nada, surgió una mano huesuda que le asió el tobillo con fuerza. ¡¿Qué era aquello?! Victoria estaba tan asustada que ni siquiera encontró fuerzas para gritar. De inmediato tuvo que tomarse de la baranda para no caer, mientras forcejeaba, sin poder distinguir lo que la estaba atrapando.

Como pudo, logró liberarse, arrojando a un lado a su agresor. Comenzó a correr, desesperada, hacia ninguna parte. Pero alguien más intentó detenerla en su loca carrera. Una sombra turbia que empezó a susurrarle obscenidades. Nuevamente logró soltarse, sólo para caer en los brazos de un hombre fuerte que la contuvo, y que no tardó en reconocer. ¡Era “Ojos dulces”! ... ¡Aleluya!

—¿Qué te ocurre? —le preguntó con suavidad, tratando de calmarla.

—Hay... Hay alguien en la escalera... —pudo articular al fin, en medio de su miedo—. Y también otro tipo más allá...

Nicolás miró hacia la sala oscura, e hizo un gesto de fastidio.

—No te preocupes —le dijo. Luego la soltó y se dirigió con paso rápido al interruptor más cercano.

Y cuando se hizo la luz, todo quedó claro.

Dos borrachos yacían tirados en el piso, y otro en la escalera, olvidados por alguien en la fiesta de la noche anterior.

—¡Señores!... ¡Hora de regresar a casa! —les gritó Nicolás, a uno por uno, mientras batía palmas.

Frente a Victoria, que miraba horrorizada, aquellos fantasmas comenzaron a corporizarse, y a caminar hacia la salida como si se tratara de zombis...

Nicolás no esperó a que se fueran. Antes bien, se apuró a alejar a Victoria de allí, llevándola a la cocina. La muchacha, muerta de miedo y de frío, lo miraba, todavía atónita.

—No lo pudo creer... —repetía, abatida—. ¿Estoy financiando con mi dinero a un grupo de desafortunados para que se emborrache?...

—No. Estás pagando para que la vida de Mercedes tenga algún sentido. Estas fiestas la ubican en el universo social, y eso la hace un poco menos desdichada.

—Pues estas orgías van a acabarse cuanto antes. Voy a destinar una suma por mes para que mis hermanas y Mercedes gasten, y por ningún motivo podrán excederse... Y no lo hago por placer. Estamos casi en quiebra, Nicolás...

—Lo sé...

—¿Y, entonces, por qué no has hecho nada para detener este tren descarrilado?

—¿Quién soy yo para hacerlo?... Tu padre se apiadó de mi y me rescató de mi destino de huérfano cuando era un muchacho. Pero no nos engañemos: soy parte del despilfarro en esta casa. Nunca he aportado nada en todos los años que viví aquí... Así que si quieres que me vaya, lo entendería...

—¡No! ¡Te necesito a mi lado! —dijo la muchacha de inmediato, con vehemencia.

Nicolás la miró a los ojos, y luego, casi involuntariamente su vista se desvió a su escote. La bata se había abierto, y la seda liviana de la camisa de noche no alcanzaba para ocultar sus pezones erectos por el frío... Victoria se dio cuenta e intentó cubrirse, avergonzada... ¿Avergonzada?... ¿Cuál era esa deliciosa sensación que se estaba apoderando de su cuerpo? ¿Cuánto placer había al saberse deseada por un hombre así?...

—Entonces dime en qué puedo servirte... —insistió él, con suavidad.

—Yo no soy nadie aquí. Apenas una intrusa que ha venido a ordenar. En cambio a ti... Todas te quieren y te respetan. Ayúdame a salvarlas de si mismas... Te soy sincera, Mercedes no me importa. Pero Vanina, creo que merece algo mejor que lo que ella cree merecer. Y Esmeralda... ¡Esa niña no está nada bien!...

—Es cierto...

—¡Y todavía no he ido a la empresa!... Como ves, te necesito... Mucho.

Por un breve instante sus ojos se encontraron, y Victoria se dejó arrastrar por la dulzura de aquella mirada. Pero Nicolás se apuró a romper el encanto. Se puso de pie, y se asomó al salón principal.

—Ya está despejado —dijo, satisfecho.

—Venía por un vaso de agua, pero... Creo que el susto me ha quitado hasta la sed. Además, apenas he dormido...

—Por eso escapo los viernes por la noche...

—Haces bien... —respondió Victoria, mientras comenzaba a caminar hacia la escalera, tan pendiente de Nicolás, que, sin notarlo, se enredó en la bata y tropezó. “Ojos dulces” se apuró a contenerla, una vez más, como buen caballero, y...

¡Si tan sólo no se hubiera tenido que casar con Guillermo!....

\* \* \*

¿Qué hora era?

Victoria abrió los ojos con dificultad, y observó el reloj sobre la mesilla. ¡Las ocho de la mañana!... ¿Cuánto había dormido?... ¿Tres horas, dos..?

Volvieron a tocar a la puerta, así que, con mucho esfuerzo, la muchacha se dirigió a abrir. ¡Era Esmeralda!... Preparada y vestida como para ir a caminar... ¡Había olvidado por completo lo de la apuesta!... Pero, a pesar de su cansancio, no tardó más de diez minutos en estar lista. Lo último que podía permitirse era defraudar a su pequeña hermana.

—¿Siempre es la misma locura los viernes? —le preguntó, mientras se desplazaban a paso rápido por las hermosas calles que circundaban la mansión.

Esmeralda la miró con mala cara.

—¿Tengo que responder?... Es decir, ¿la apuesta incluía caminata “y” charla?...

—Sí. La incluía...

—Pues no. Ayer, como ya te dije, mi madre no quiso escandalizarte. Suele ser mucho peor.

—¿Y cómo haces para dormir?

—Tapones para los oídos. Eso sí, hechos a medida. ¡Son costosísimos!, pero razonablemente efectivos...

—¿Y que opinas tú de esas fiestas?

—¿Yo? ¿Para qué voy a molestarme en opinar? Lo que pienso no le interesa a nadie.

—Me interesa a mi...

—¡No!. Tampoco te interesa. Sólo buscas una aliada para frenar esa locura.

—¡Ah!... Entonces tú también lo consideras una locura —dijo Victoria, satisfecha de haberse salido con la suya.

Esmeralda volvió a callar.

A pesar del frío, la muchacha mantenía el paso sin quejarse. Llevaba una chaqueta deportiva, con la cremallera abierta hasta el nacimiento de su busto. Era curiosa verla balancearse, mientras aquellos pechos tan erguidos y voluminosos permanecían firmes.

—¿Son naturales? —dijo Victoria, sin dejar de mirarlos (desde la primera vez que había visto a su hermana que se moría por hacerle esa pregunta).

—¿Mis pechos?... Regalo de quince años...

—No te creía tan estúpida.

—Mamá insistió, y...

—Y tú siempre haces lo que dice “mamá”...

—¿Qué pretendías?... ¿Gorda, virgen, y además chata? Por supuesto que accedí.

—No pareces muy feliz...

—No. Dolieron demasiado... Y además...

Esmeralda se interrumpió abruptamente.

—¿Además?

—Háblame de ti. ¿Qué hay del tipo que te estaba manoseando la otra noche?

Victoria se ruborizó, y esta vez fue su turno de callar. Pero su hermana insistió.

—¿Lo amas?

—Salimos por más de siete años...

Esmeralda la miró en forma socarrona.

—¿Qué? —la enfrentó Victoria.

—Nada... Me río porque has contestado exactamente lo mismo que Nicolás dijo que contestarías...

—Veo que mantienen grandes charlas sobre mí con Nicolás.

—Sí... ¿Por qué? ¿Te preocupa?...

—¿Por qué habría de preocuparme?.

—¡Estás embobada por él!...

—¿De adónde has sacado eso?! —se ofendió Victoria.

—Basta ver la cara que pones cuando está cerca —respondió la muchacha con desparpajo.

Y así logró aquello que había estado intentando desde el inicio de la caminata: ¡finalmente había incomodado a su nueva hermana!

Pero como la mejor defensa era el ataque, Victoria no se amedrentó.

—¿Y a ti?... ¿Quién te gusta?

—Nadie —respondió la niña, un tanto esquiva.

—¡Mentira! Es alguno de los que estaba ayer en la fiesta...

—¿De dónde has sacado eso! —se ofendió Esmeralda, de una forma tan violenta que Victoria supo que había dado en el clavo—. A mí no me gusta nadie. Si no, no sería virgen...

—Espero que no sea ese tal Ramiro, ¡es un idiota!...

—No me interesan los bebés...

—¿Ramiro, un bebé? Debe tener más de veinte...

—Me gustan los de treinta. Y profesionales... Yo soy muy madura...

—Ya veo, entonces debe ser...

Una ráfaga de viento arrastró el pañuelo asedado que Victoria había enroscado en su cuello para evitar el frío. Aquella tela fina y larga se había ido soltando paso tras paso, y ahora volaba en libertad. Esmeralda corrió para alcanzarla, con una solicitud que sorprendió a su hermana.

—Gracias —dijo Victoria cuando la niña logró atraparlo. Pero ella no se lo entregó.

—¿Puedo quedármelo?... ¡Me encantan las chalinas!... Las colecciono.

—Como quieras... Pero entonces deberemos correr hasta la casa. Me estoy muriendo de frío, y necesito un buen café.

Y bastó que terminara de pronunciar esas palabras para que su hermanita menor echara a correr. Ella, por el contrario, se quedó unos segundos para darle la ventaja. Y es que, estaba convencida, lo mejor para ganarle a Esmeralda era darle todo el tiempo que necesitaba...

\* \* \*

Eduardo Rolón tocó el timbre por quinta vez.

Los gritos en la mansión de los Ferrari eran tales que bien hubieran podido tapan el ruido de una manada de elefantes, y mucho más aquel sonido melodioso que se producía cuando él presionaba el interruptor.

¿Habría llegado en un momento poco oportuno? No quería encontrar a Victoria mal predispuesta o enojada. Así que, a fin de evaluar mejor la estrategia a seguir, rodeó la casa y trató de escuchar a través de la ventana de la que salían los gritos. ¡Para qué!... A pesar de que estaba todo cerrado por el frío intenso, los chillidos de Mercedes casi lo dejaron sordo.

—¿Con qué autoridad?!... —fue el final de la frase

—La fábrica no está dando utilidades. Tú y tus fiestas se financian con lo que se saca de los campos de Mendoza, y que yo sepa eso forma parte de la herencia de mis abuelos, por lo tanto decido yo —contestó Victoria.

—¡Pequeña mal nacida!...

Eduardo se asomó, tratando de no ser visto. Era un riesgo, pero si había una pelea entre mujeres... ¡no quería perdersela!.

Pero no. Lo que fuera que estaba diciendo la novia de su amigo, en voz baja, parecía haber terminado por calmar a la fiera.

Una joven de cabello rubio (¿Vanina?) lloraba, y la más pequeña se reía, encantada.

¡Qué casa de locos!.

Acabado el espectáculo, volvió a la entrada principal, dispuesto a insistir. Pero no había llegado a poner el dedo en el timbre, cuando la puerta se abrió de par en par, y se chocó con Victoria, que parecía dispuesta a salir.

—¿Tú?...— le dijo, sorprendida, a modo de saludo.

—Lo olvidaste...

—Déjame recordar... El hijo del doctor Rolón, ¿no?...

—Prefiero que me llamen Eduardo...

—Disculpa... Casi no he podido dormir, y estoy algo cansada....

—Venía a buscarte...

—Preferiría...

—Es muy importante que charlemos...

—Entonces, pasa...

—No, aquí no... Conozco un lugar pequeño, y muy discreto...

—¿Sobre qué asunto quieres charlar?

—Sobre Guillermo. Hay algo de él que te conviene saber cuanto antes....

Victoria lo miró con esos ojos hermosos, y Eduardo contuvo el aliento...

Era espectacular...

Sí... Deseaba a esa mujer... Tanto, tanto... Casi tanto como a su dinero...

\* \* \*

Guillermo entró al coqueto barcito de la calle Arroyo, una de las más lujosas de la ciudad, y se dejó embriagar por el lujo decadente que allí se respiraba.

Amaba a Victoria, tanto como amaba poder entrar a esos sitios sin tener que preocuparse por la cuenta. ¡Era maravilloso!...

Se acomodó el saco que acababa de comprar a crédito, y que le quedaba “pintado”, y se peinó el cabello recién cortado en una de las peluquerías más costosas de la ciudad. ¡Sí!... ¡Ahora estaba listo para encontrarse con su prometida!

Dos de las concurrentes al lugar, unas damas elegantes que tomaban el té, lo miraron sin disimulo y luego le sonrieron. Guille les devolvió el saludo, encantado.

Podía acostumbrarse a eso... A que lo juzgaran, no por motivos estúpidos, sino por lo que él valía en realidad.

Unas mesas más allá, casi escondida, estaba una muchacha joven, hermosa. Una muchacha que tenía algún parecido con...

¡Victoria!

—Victoria... Casi no pude reconocerte... Estás... Estás...

La joven miró a su prometido con incredulidad. ¡Le sonreía!...Ella estaba deshecha en llanto, y él, feliz, la miraba encandilado sólo por su nueva apariencia.

—Estás bellísima, mi amor...

—Siéntate. Tenemos que hablar, Guillermo —le dijo, tratando de calmarse.

Pero ni siquiera para alguien tan distraído como su novio, aquel tono lúgubre podía significar un buen presagio, así que Guillermo se preocupó... sólo un poco (no tanto como para perder el buen ánimo)

—¿Ha ocurrido algo?

—Acabo de reunirme con Eduardo Rolón... Ha dicho cosas horrible de ti...

Por primera vez desde que había entrado a aquel lugar, Guille dejó de sonreír.

—¡Es mentira!... ¡Te juro que yo no sabía nada! —comenzó a defenderse, casi enloquecido—. Lo único que busca es separarnos... ¡Pero no puedes dejar que se salga con la suya!... ¡Hace siete años que me conoces!... ¡Siempre quise casarme contigo!...

—Espera, Guillermo... Esto es muy importante para los dos: ¿todavía quieres casarte conmigo?...

—¡Por supuesto!...

—¿Estás seguro de que me amas?.... ¿A mi, a Victoria Rojas? ¿Estás seguro de que puedes vivir sin el dinero?...

—¡¿Cómo puedes dudarlo?!

— Está bien... Entonces casémonos cuanto antes...

—¡Claro, mi amor! —le dijo mientras la abrazaba con vehemencia—. Es en lo único en lo que puedo pensar. Justamente eso le estaba diciendo a mi madre antes de venir aquí. ¡Si hasta ella está entusiasmadísima!... Ya se lo ha contado a todas sus amigas...

—¿Tu madre?... Nunca le simpaticé a tu madre...

—¡No seas ridícula!... Era Ramona la que no...

No. Mejor no continuaba por ese lado... Era obvio que a Victoria no le gustaba que criticara a esa mujer, así que...

—¡Mi madre está contentísima!— reafirmó.

—Bueno, entonces tenemos que fijar la fecha. Cuanto antes sea, mejor...

—¡Tampoco tan rápido! Hay mil cosas para decidir... La luna de miel, por ejemplo... Había pensado en las islas griegas. Mi primo viajó el año pasado en un crucero, y me contó que...

Victoria lo interrumpió, horrorizada.

—¿Qué estás diciendo, Guillermo?... ¿Con qué podríamos pagarlo?

Su novio la miró confundido

—No has entendido nada, querido... No puedo vivir mi vida desconfiando de ti. Dices que me amas a mí, Victoria, sin importar mi dinero o mi apellido. ¡Te creo! Y yo no necesito nada de eso para ser feliz, así que estoy dispuesta a renunciar a todo, a olvidarme de ese apellido que me queda grande, y a volver a mi vida de antes... ¡pero a tu lado!

—¡¿Te has vuelto loca, Victoria?!... ¡¿Renunciar a todo?! ¿Para qué?... ¡Somos ricos!. No tenemos por que renunciar a nada...

—¡No entiendes!... Ese dinero sólo nos aleja. No lo necesitamos, podemos...

—¡Tú no lo necesitas! ¡Yo sí!

Victoria lo miró con espanto, y Guillermo comprendió enseguida que había reaccionado de la peor forma posible.

¡Qué idiota!... Ella lo estaba poniendo a prueba, seguramente aconsejada por Rolón, y él... ¡Qué idiota!

—¿Sabes qué, Victoria?... Tienes razón. Renuncia a todo. Tú eres lo único importante para mí...

Victoria sonrió, entre lágrimas. ¡Sabía que no podía haberse equivocado tanto! Sabía que, al menos Guillermo, la amaba de verdad. Y aunque no podía negar el placer que la inundaba cuando “Ojos dulces” estaba cerca, su prometido representaba para ella la calma y el solaz de lo conocido, de lo esperado. Y si Guillermo la amaba tanto como para renunciar al dinero, ¿por qué no dejarse amar por él?

Sí, no estaba preparada para ser Victoria Ferrari. Y no estaba lista para olvidar a Victoria Rojas...

Aliviada, comenzó a sonreír...

—Le pediré a Cohen que vuelva a contratarme. Será maravilloso entrar en el estudio cada mañana... ¿Sabes?, nunca me había dado cuenta de lo que me gusta ese trabajo. Es increíble, pero con Cohen ...

Guillermo observó el brillo en los ojos de su novia y se espantó. ¡Victoria no era tan buena actriz!...

—¿Estás hablando en serio?...

—¡Claro!... Ya te lo he dicho: si me quedo contigo, renuncio al dinero.

—¿Me estás probando?

—¡No!

—Júralo por Dios. Jura que si nos casamos renuncias a todo, sin mirar atrás.

—¡Lo juro!.

—¡Estás loca! —gritó, y las mismas damas que le habían sonreído antes, lo miraron ahora con reprobación.

—Mira Guillermo, desde que se fue Rolón que lo he estado pensando. No soy buena para ser rica. No voy a poder hacerme cargo de la empresa, ni de mi familia... No me gusta pelearme con todo el mundo... No me gusta desconfiar de todos. No saber quien me ama a mi, y quien a mi dinero. No podría casarme contigo si tuviera esa duda... Por eso prefiero renunciar a esa fortuna, ¡y listo!.

Guillermo sonrió, dispuesto a lograr algo que nunca antes había podido lograr con Victoria: enredarla con sus palabras.

—Piénsalo..., —comenzó a decir.

Pero ella no lo dejó terminar.

—Piénsalo tú. O con Victoria Rojas, o con nadie. De ella te enamoraste, y con ella te casarás... Es mi última palabra. Lo he jurado por Dios.

Aquella fue la sentencia de muerte al próspero futuro de Guillermo. Amaba a Victoria, pero no ganaba nada si ella renunciaba a todo para casarse con él. En cambio, si la dejaba libre, y ella se hacía cargo de su fortuna, y levantaba

las empresas de Ferrari (¡porque Victoria era muy capaz de lograrlo!), había una posibilidad, una remotísima posibilidad, de que un día se arrepintiera y viniera a buscarlo...

Y él era un tipo muy paciente.

—Has elegido mal, Victoria. Siempre te ame. Me has lastimado mucho al desconfiar de mi. Por eso ahora soy yo el que no se quiere casar contigo. No puedo estar junto a una mujer que me cree un interesado. Nunca te di motivos para que desconfiaras. Yo fui el único que te amó cuando te ganabas la vida limpiando, y ahora... Pero, está bien... Quedas libre, Victoria. Libre para ir con quien quieras... Yo siempre te estaré esperando... Pero eso sí: así como tu pusiste la condición de tu pobreza para nuestra unión, yo pongo la de tu riqueza. Sólo cuando puedas confiarme tu dinero, sabré que de verdad confías en mí... Hasta tanto... ¡Adiós!

Guillermo se puso de pie y comenzó a caminar hacia la salida, pero varias veces se dio vuelta, esperando una reacción de la mujer que amaba. Fue inútil...

Una vez en la calle, detuvo un taxi. No tenía demasiado dinero en el bolsillo, pero no podía resignarse a salir de allí como un pobretón. No con ese saco, que aún no empezaba a pagar, ni con ese peinado, algo desarmado por los nervios. ¡No!...

¡Esto no podía estar pasándole a él!.... Él tenía un futuro. Él tenía potencial. Él...

—Ya llegamos, señor. Son diez pesos con treinta.

...él apenas tenía para pagar el taxi.

\* \* \*

—Señorita... El cementerio ya va a cerrar.

Victoria se puso de pie con dificultad. Estaba aterida por el frío intenso, a pesar de que había estado sentada allí apenas quince minutos.

—Habría que hacerle una de esas... —aconsejó el cuidador, señalando una de las prolijas lápidas de mármol vecinas.

Más allá, en un humilde cartón apoyado sobre la tierra recién removida, alguien se había tomado el trabajo de escribir: “Mamá, nunca te olvidaremos. Tus hijos”.

Pero... ¿qué podía poner ella en la lápida de Ramona?

Suspiró y echó a andar entre las tumbas, atravesando el sector más pobre del cementerio. Sus dedos estaban congelados, así que comenzó a sacudirlos, y a echar en ellos el calor de su aliento. Brevemente se quedó encandilada por el brillo del esmalte, y la suavidad de la piel... Sus manos eran ahora hermosas. Pero eran las manos de una extraña... Victoria Rojas ya no existía. Su

madre había muerto, y su novio nunca la había amado. Todo su pasado estaba ahora allí, enterrado en una tumba sin lápida.

Caminó sin mirar atrás, y ya en la calle, se subió a un autobús. Pero de inmediato se avergonzó. Los demás pasajeros la miraban de reojo. Su bolso de marca, su abrigo lujoso, su reloj... Obviamente ya no pertenecía a ese lugar.

Pero tampoco estaba muy segura de pertenecer a algún otro...

No esperó a llegar a su parada. Se sentía ahogar entre tanta gente, así que se bajó varias cuadras antes, y comenzó a correr por las veredas amplias y arboladas que llevaban a la mansión. Necesitaba sentirse viva. Quería sacudirse la muerte y la soledad que se le estaban pegando de nuevo a la piel. ¿Acaso no había algo de felicidad para ella? ¿O tenía que resignarse a volverse alguien como Cohen: eficiente, predecible y abrumadoramente solitario?...

Corrió más rápido aún, hasta llegar sin aliento a los jardines de la casa. Agitada, se detuvo para respirar. A lo lejos se escuchaba una canción:

*Te extraño, porque vive en mi tu recuerdo*

*te olvido, a cada minuto lo intento*

*te amo, es que ya no tengo remedio*

*te extraño, te olvido, te amo de nuevo...*

Una repentina congoja la invadió.

Había algo de Victoria Rojas que no se resignaba a olvidar. Algo que la atrapaba en el pasado. Algo que le impedía ser feliz en el presente... No era Guillermo, no era Ramona. Era...

—Hora de cenar... ¿Vienes?

Frente a ella, Nicolás le estaba extendiendo la mano. No había notado antes su presencia, pero ahora, junto a él, comenzó a sentirse más segura y esperanzada.

Fuera lo que fuera que la ataba a su vida anterior, tenía que dejarlo atrás.

Y asida fuertemente por la mano de aquel hombre hermoso, tuvo la extraña intuición de que, al fin, iba a poder lograrlo...